



Material producido por estudiantes y profesores de los Profesorados de Lengua y Literatura, de gestión estatal y privada, de la Dirección General de Educación Superior del Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba, en el marco de acciones Rumbo al VIII Congreso Internacional de la Lengua Española. Septiembre - Diciembre 2018

El lenguaje es una de las formas que tiene el poder de configurarse, de promover jerarquías y provocar disciplinamiento.

Aquello que es considerado como lo correcto y lo culto, define por contraposición a lo vulgar. Y así, los modos de hablar se convierten en un reflejo de la estratificación de la sociedad.

En esta entrega analizamos a la literatura y alguno de sus géneros como un territorio para la visibilización y resistencia de los grupos subalternos.

“...los “centros” y “periferias” lingüísticas demarcan, sin lugar a duda, el posicionamiento de los diversos grupos sociales en el marco de una comunidad.”

“ES UN MAL HABLADO, NI SIQUIERA SABE ESCRIBIR”

Cuando el decir deviene resistencia: lenguas “guasas” en la Literatura Argentina y Latinoamericana.

Desde pequeños, hemos aprendido que la lengua es un sistema de comunicación que nos permite establecer vínculos con otras personas y, de esta manera, establecer mecanismos de socialización. Existe un consenso social en relación a esta idea. Pero, tal vez, habría que preguntarse si la lengua es solo eso: un sistema simbólico de comunicación o si está atravesada por otras dimensiones (históricas, culturales, sociales), que complejizan sus modos de intervención sobre la realidad. Es interesante analizar en qué medida la lengua, concebida como entidad histórica y socio-cultural, regula y reproduce discursos de poder.

Como sabemos, en toda sociedad rigen políticas de disciplinamiento lingüístico que dictaminan las reglas del “buen decir”; y que se encarnan a través de diversas prácticas e instituciones. ¿Quién no ha escuchado alguna vez expresiones descalificadoras como: “es un mal hablado” o “ni siquiera sabe escribir”, para estigmatizar a ciertos actores y sus prácticas culturales? La relevancia que aún se le otorga a la “letra” (la palabra escrita), la



En toda la geografía del país, la lengua regula y reproduce discursos de poder.

*Ninguna palabra,
ningún decir, puede
vacarse de
contenido político.*

*Por eso, todo
enunciado entra en
un terreno de luchas
y disputas por la
legitimidad de la
palabra, el
disciplinamiento y
el sentido
contestatario de la
“desobediencia”
popular.*

corrección idiomática y la expresión oral para realizar evaluaciones sociales, es muy significativa. En este sentido, podríamos sostener que los “centros” y “periferias” lingüísticos demarcan, sin lugar a duda, el posicionamiento de los diversos grupos sociales en el marco de una comunidad.

Al respecto, nuestra literatura nacional y latinoamericana plantean desvíos o transgresiones en relación con la norma lingüística institucionalizada: la gauchesca, el cocoliche, la jerga “cuartetera” y “cumbiantera”. El repertorio de estas lenguas “guasas” subalternas visibiliza la diversidad lingüística, desmonta prejuicios y abre la posibilidad de pensar políticas de resistencia y descolonización lingüística. ¿De qué hablamos cuando nos referimos a lenguas “guasas”? “Guaso” / “huaso” es un término polisémico que posee varios significados; en su mayoría, con connotación negativa. Se utiliza como calificativo de “gro-



La voz subalterna a través del testimonio en la literatura

sero”, “incivil”, “rústico”, “inculto”. También se emplea para referirse al campesino y las prácticas vinculadas con el mundo rural. Las lenguas “guasas”, entonces, son códigos lingüísticos vulgares, populares, que circulan por fuera del ámbito académico, es decir, en un contexto de marginalidad.

Ninguna palabra, ningún decir, puede vaciarse de contenido político. Por eso, todo enunciado entra en un terreno de luchas y disputas por la legitimidad de la palabra, el disciplinamiento y el sentido contestatario de la “desobediencia” popular.

El testimonio, por ejemplo, en tanto hecho de lenguaje, es considerado por parte de la crítica como práctica de lenguaje subalterno opuesta al discurso hegemónico pero que irrumpe en la literatura latinoamericana y se institucionaliza como género a través de un proceso histórico en el que fenómenos políticos y culturales tensan relaciones de poder en el campo de la cultura letrada. Aparecen, entonces, sujetos que relatan su vida y construyen “la verdad”, como Esteban Montejo, esclavo cubano cimarrón, que “desdice” el presente “invadiéndolo” de su pasado: “Ya esas viviendas no existen, así que nadie las puede ver. Pero yo las vide” en **Biografía de un Cimarrón** de Miguel Barnet (1966). Otro ejemplo es el de Domitila Barrios de Chungara, la esposa de un minero boliviano, mujer trabajadora que “se permite” testimoniar la situación de



Diversidad lingüística en la cultura cuartetera.

vida que ella y sus iguales viven en la Bolivia de su época. Moema Viezer, socióloga y educadora brasileña, transcribirá la “vital” oralidad de Domitila, quien, “esquivando las metáforas”, forzará la escritura y nos contará historias que interpelarán todos los sentidos.

No es azaroso que uno de esos ámbitos de disputa sea la literatura. El terreno de la ficción ofrece la posibilidad de una mayor tolerancia ante las variedades lingüísticas que caracterizan a distintos grupos sociales. Se acepta que ese realismo en la caracterización de los personajes es un requisito de verosimilitud inherente a la preceptiva literaria, y eso no pareciera atentar contra lo establecido como “correcto”. Con todo, y por contradictorio que parezca, lo riguroso de la preceptiva es al mismo tiempo un espacio de libertades, puesto que el entorno de la ficción permite la resistencia, el cuestionamiento, la rebeldía y la denuncia. La literatura, como forma consagrada culturalmente, admite la discusión de lo consagrado, lo impuesto, el prejuicio, el estereotipo.

Si es innegable que lengua e identidad son nociones inseparables, entonces hay que discutir el concepto de “lo correcto”. ¿No es correcto lo que corresponde a la identidad de cada grupo? ¿O necesitamos unificar el habla? ¿Es posible hacerlo? Reemplazar la antinomia de lo correcto –vs.– incorrecto, que sólo admite una posibilidad de aceptación, para reemplazarla por la dicotomía adecuado –vs.– inadecuado, que contempla una diversidad de variantes posibles, todas aceptables. Quizás así podremos aceptar las diferencias y respetar las identidades.

LA GAUCHESCA: UNA “BUFONADA LINGÜÍSTICA”

Leónidas Lamborghini, en su libro *Risa y tragedia en los poetas gauchescos* (2008), define a la gauchesca como un género literario “bufo”, burlón, distorsivo, que se sostiene sobre una serie de operaciones subversivas. Entre ellas, claro está, se ubica la lengua campesina, oral, del gaucho. Una lengua literaria mediante la cual este actor subalterno expone sus reclamos frente a un Estado en proceso de formación. El cantar del gaucho es un “cantar opinando”, un cantar “con fundamento”, como señala el personaje de Martín Fierro, quien interpreta además que su lengua no solo comunica; configura, también, su identidad gaucha, sus códigos culturales y su “estar” en el mundo: “*Soy gaucho y entiéndalo/como mi lengua lo explica*”.

Sin embargo, la potencialidad contestataria de la lengua gauchesca no se manifiesta solamente en los desplazamientos lingüísticos y disrupciones que esta establece con respecto a las normas instituidas del buen decir: “*nai*des” por “*nadie*”; “*resertor*”, por “*desertor*”; “*mesmo*” por “*mismo*”, entre otros ejemplos. La resistencia, por el contrario, se monta en la instancia misma de la enunciación. En los poemas de la literatura gauchesca, el gaucho no solo se configura como personaje, sino también como enunciatador; es quien toma la palabra “al cantar” y asume las demandas colectivas del grupo social al que pertenece. Su canto es contrapunto,

“Soy gaucho y entiéndalo
como mi lengua lo explica...”

(Martín Fierro – Canto I)



“Soy gaucho y entiéndalo...”



La lengua en la diversidad

Llama la atención cómo las formas rurales han venido siendo desprestigiadas históricamente frente a las urbanas como menos cultas, no escolarizadas, etc.

lamento, argumentación. La ficcionalización del “gaucho dicente” posiciona a la gauchesca como un *contradiscurso* que impulsa, desde un registro lingüístico, un proceso de desmarginalización de este actor social. Le cede la voz a un personaje subalterno que ocupa la centralidad del relato, que cuestiona los saberes y discursos de la cultura letrada, que desarticula y pone en evidencia el

“barbarismo” de la vida civilizada y la ley opresora del Estado. Pero, principalmente, que disputa el poder de la palabra. La lengua “guasa” del gaucho ingresa al sistema literario y provoca, como plantea Josefina Ludmer, el primer “escándalo” de nuestra literatura. El gaucho “bárbaro” toma la palabra y pone el mundo “al revés”. Es cierto. Esta bufonada lingüística se enmarca en el plano de la ficción; incluso, hasta puede ser leída como un simulacro y un arrebato de voces que los sectores letrados realizan para hablar a “través del gaucho” y plantear ciertas “incomodidades” del sistema. Pero más allá de estas suposiciones o estrategias discursivas, la literatura gauchesca deja leer la diversidad lingüística y amplía una frontera lingüística, cultural, social, literaria. Permite el ingreso de otras voces; acerca las “periferias” y deja que esos “otros” silenciados por el poder “hablen”, porque, en definitiva, tienen “algo” que decir.

Llama la atención cómo las formas rurales han venido siendo despresti-

giadas históricamente frente a las urbanas como menos cultas, no escolarizadas, etc. Al mismo tiempo, los responsables de tales valoraciones suelen ser también los que lamentan la degradación de la lengua en manos de una juventud poco o nada interesada en respetar la norma. Cabe destacar cómo riñe esa nostalgia por un pasado que siempre fue mejor con el desprecio por el habla rural, que es la que conserva muchas de las formas más antiguas de una lengua. Sorprende ver lo arraigado de la estigmatización y el desconocimiento al respecto.

También es interesante ver cómo la valoración del Martín Fierro cambió históricamente de una literatura marginal a su consagración como poema nacional. ¿Qué hay detrás de semejante cambio?

Una respuesta posible es la consideración de la lengua de la literatura gauchesca como una forma literaria, una lengua artificial al estilo de lo que se aprecia en la épica griega arcaica y no como una muestra de lo que realmente se habla en el campo.



Dirección General de
ENSEÑANZA PRIVADA

Dirección General de
EDUCACIÓN SUPERIOR

Ministerio de
EDUCACION



**GOBIERNO DE
CÓRDOBA**
ENTRE TODOS

IFD IESS

Villa Carlos Paz



Literatura Latinoamericana II

Adela Giannoni
Valeria Flesia

Literatura Argentina II

Gabriela Boldini

Historia de la Lengua II

Guadalupe Erro

Estudiantes:

Eugenia Accotto
Martín Gamboa
Silvina Luna
Florencia Macagno
Eugenia Manfredi
Brenda Massarutto
Gabriela Raymundo
Diana Rossetti
Mariano Saravia

Villa Carlos Paz 2018